

SOBRE LA INCOMPREENSIÓN A LA POSTURA MEXICANA FRENTE A CUBA

MARÍA E. RODRÍGUEZ DE MAGIS
El Colegio de México

EN LA HISTORIA de Hispanoamérica, a Cuba le ha tocado siempre desempeñar un papel diferente. Animada de los mismos ideales de independencia que todas las colonias pertenecientes a España, no logra concretarlos, como las otras, sino hasta fines del siglo XIX y entonces el resultado también es singular. La intervención norteamericana para liberar a Cuba del dominio español se convierte en una protección tan decidida y firme que los Estados Unidos se van a encontrar presentes en todas las manifestaciones de su nueva vida como nación. Cuba no fue políticamente colonia norteamericana, sin embargo la isla estuvo gobernada por el ejército de los Estados Unidos, con el general Leonard Wood como gobernador militar, hasta 1902. Posteriormente la intervención se hizo sentir a través de la famosa Enmienda Platt que daba al gobierno americano el derecho de intervenir para el mantenimiento de la independencia cubana, dando un gobierno que asegurase la vida, la propiedad y la libertad individual, así como otorgaba un veto definitivo sobre las relaciones diplomáticas y fiscales con los países extranjeros. Las intervenciones de los Estados Unidos en la política cubana fueron numerosas hasta 1934 en que se deroga la Enmienda. A partir de este momento se produce una aparente retirada de la intervención norteamericana, pues la influencia económica fue cada día mayor, al extremo de convertirse en una dependencia económica de la Unión, con la consiguiente pérdida de libertad.

En 1959, el movimiento revolucionario que sacude a Cuba, intenta nuevamente la libertad por la cual viene luchando desde

el siglo pasado. Los intereses que se vieron perjudicados con este nuevo gobierno de corte nacionalista comenzaron a poner trabas al desarrollo de la revolución. Ésta, en un principio, buscó el apoyo de los Estados Unidos, sin obtener nada, ya que el gobierno americano prefirió respaldar los intereses económicos de sus ciudadanos. Más tarde solicitó idéntica ayuda en Latinoamérica, con el mismo resultado, pues los diferentes gobiernos fueron presionados, para impedir toda colaboración con la revolución. Así las cosas, la revolución cubana tuvo que elegir entre desaparecer o buscar el amparo de las fuerzas contrarias a la que se quería desprender. Por este camino se vio envuelta en la guerra fría que sostienen los Estados Unidos y la URSS, desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Inclinada ya definitivamente al grupo soviético, por fuerza de las circunstancias, la Revolución Cubana ha perdido el sentido primario que la animó. Atada ahora al destino de los países satélites, con una fuerte dependencia de la URSS, parece que nuevamente el intento de libertad se ha frustrado. A la dominación española de antaño, siguió la norteamericana y ahora la rusa, haciendo nuevamente un mito del ideal libertario de Martí.

Al pasar a tener Cuba tan fuertes ligaduras con el bloque comunista, se ha convertido en el problema más candente de las relaciones en el continente americano. Su actuación, vista con mayor o menor simpatía por los gobiernos latinoamericanos, ha sido el tema principal de las últimas reuniones de la OEA. En la penúltima, realizada en Washington en julio de 1964, la situación fue más tensa que nunca ya que se quería obligar a todos los países americanos, que no habían roto sus relaciones con el gobierno de Castro, a que lo hicieran de inmediato. México, fortaleciendo su principio de "autodeterminación" y reconociendo que Cuba como cualquier otro pueblo tiene derecho a seguir el camino que considere más adecuado para sus intereses y desarrollo, se negó a la exigencia de la reunión. Esta negativa no significa que México se adhiera a la política cubana, simplemente la respeta y mantiene su representación diplomática, de la misma forma que la sostiene con otros muchos pueblos del mundo. La actitud de México y sobre todo el hecho de ser el único

país de Latinoamérica que mantiene esta situación, ha sido analizada y también duramente criticada en varias partes del continente. El tener que explicar la propia situación, en unos casos, o justificar el por qué se tuvo que ceder a las presiones internas o externas, que los intereses afectados movieron, ha hecho que se den diferentes interpretaciones a la postura mexicana. Desde luego que, fuera de México, esa política resulta un tanto difícil de entender ya que en muchos aspectos no se ajusta a los cánones clásicos en que estamos acostumbrados a movernos en nuestra América. Quizás los latinoamericanos antes de enjuiciar a México, debemos conocerlo mejor. Viviendo en el país se puede observar que muchas de las actitudes defendidas son el resultado de una larga y amarga experiencia. A ningún otro país de nuestro continente le ha tocado enfrentarse con los Estados Unidos tan dura y tenazmente, ningún otro ha perdido en una lucha semejante la mitad de su territorio ni ha soportado la presión cotidiana en todos los mercados posibles. Como resultado de esta lucha el país ha aprendido y adquirido la fuerza de la resistencia. También ha comprendido que los pueblos que no pueden imponerse por la fuerza deben aferrarse al derecho, de aquí que principios como el de "autodeterminación" y "no intervención", son banderas que México sostiene y defiende con todo vigor. En resumen, la actitud mexicana es el resultado de una realidad histórica.

Ahora bien, ¿qué actitud adopta un país como la Argentina frente a los principios sostenidos por México? Aquí nuevamente surge la realidad histórica, muy diferente por cierto, que nos obliga muchas veces a los argentinos a disentir de principios que en el fondo merecen nuestra más abierta adhesión. Tal es el caso que nos plantea la ocupación británica de las Islas Malvinas.

En la Argentina hay un sentimiento hondamente arraigado en el pueblo, algo que se adquiere casi desde los primeros años de la escuela elemental, junto con las primeras letras, y es que las Islas Malvinas (Fadkland del Sur para el Imperio Británico), son parte integrante del territorio nacional. La población de las islas, desde la expulsión de los argentinos que allí residían, es exclusivamente británica; más todavía, se trata de población tras-

humante en su casi totalidad. La soberanía sobre esta parte del país ha sido larga y repetidamente reclamada por los diferentes gobiernos argentinos, y nunca se ha obtenido ningún resultado. Como el problema sigue en pie para el país ¿cómo podemos aceptar el principio de autodeterminación, si en las Malvinas no quedó un solo poblador argentino? ¿Cómo podemos admitir que se autodetermine una población que es fruto del atropello y de la usurpación? Mientras este asunto no quede zanjado, el país tendrá que negarse a la aplicación de un principio muy respetable, pero que no puede hacer suyo.

Independiente de la particular circunstancia histórica que hemos anotado, las relaciones entre Estados Unidos y la Argentina, en general han sido discretas, en relación a las del resto del Continente, quizás por un acuerdo tácito con el Imperio Británico que siempre vio al país como un emporio económico por explotar. En este sentido, el imperialismo norteamericano hasta hace pocos años, resultaba un problema un tanto ajeno, muy diferente a la situación económica que ha planteado en el Caribe, especialmente en Cuba.

Por otra parte, el argentino medio no tuvo conciencia de la dimensión exacta de la dictadura de Batista, que no fue un dictador más en América sino que —al igual que Trujillo— redujo a su pueblo a una de las situaciones más lamentables que ha soportado una nación americana en el presente siglo.

Las características que hemos anotado, sumadas a la situación de crisis interna, la más aguda que ha soportado la República en su vida como nación, crean serias dificultades para la comprensión de la Revolución Cubana, no sólo ahora que la declaración de marxismo-leninismo de Fidel lo colocó en una posición antagónica definida, sino también en los comienzos, cuando los cubanos aspiraban a una revolución nacionalista del tipo mexicano.

El enfoque parcial negativo de la Revolución Cubana se trasluce en las críticas con que los periódicos más importantes han juzgado la actuación mexicana, especialmente después de la última reunión de Washington. Se insistió en la adhesión mexicana al régimen de Fidel, cosa que por cierto no es real, en lu-

gar de destacar la tenacidad de México por aferrarse al derecho para fundamentar la ilegalidad de la demanda venezolana. Se consideró que la postura mexicana era el resultado de un mal llamado nacionalismo o, en otros casos, era el producto del resentimiento hacia los vecinos del Norte. Así entendido el problema, resultaba bastante incomprensible el hecho de que Estados Unidos respetara la diferencia mexicana y no propiciara serias sanciones para el país, como también se volvía inexplicable la entrevista de los presidentes Johnson y López Mateos, poco después de la reunión de cancilleres en Washington.

La Revolución Cubana ha interesado mucho a la generalidad del pueblo mexicano, en su comienzo porque la sentían muy semejante a la suya, después por el giro que fue tomando. Cuando las representaciones mexicanas han asistido a las diferentes reuniones de cancilleres en que se ha tratado de enjuiciar a Cuba, la tesis por ellos sostenida ha encontrado resonancia y respaldo en la mayoría de la nación. En cambio la mayoría del pueblo argentino ha visto este movimiento con más indiferencia, inclusive la participación en las reuniones panamericanas ha estado siempre vinculada a situaciones políticas internas muy críticas, que han desviado el sentido que pudieron tener. Un ejemplo de esto fue quizás la última reunión de Punta del Este, en que actuó la representación del gobierno del depuesto presidente Frondizi. El canciller argentino, Miguel Ángel Cárcano, sabía que la tesis sostenida por la Argentina en ese momento contaba sólo con el apoyo del gobierno; otros sectores de capital importancia en el actual juego político del país, como serían las fuerzas armadas y algunos partidos políticos, tenían una posición muy diferente a la que se sostuvo. Una prueba de esto fue el giro posterior que tomó la política interna y que contribuyó a deponer el gobierno constitucional. Independientemente de que fuera acertada o no la posición del gobierno argentino en la reunión a que hacemos referencia, no cabe duda que la situación complejísima que deben enfrentar las misiones que salen a las reuniones panamericanas (en donde deben luchar no sólo con las diferencias internacionales, sino con las internas) los colocan también en una circunstancia muy diferente a la mexicana. Las instrucciones preci-

sas que llevan las misiones mexicanas a estas conferencias en algunos casos, como en la reunión última de Washington, son conocidas de antemano en la nación y muy difícilmente sufren cambios circunstanciales. Además, algo que también llama la atención es el interés con que el mexicano medio sigue el desarrollo de estas conferencias y las tesis sostenidas por el país las sienten suyas, incluso en algunos casos hasta las fuerzas de la oposición.

Hemos dicho al comenzar este artículo que la posición mexicana en lo referente a la Revolución Cubana hay que analizarla desde dentro. Ver el enfoque mexicano, no el que los latinoamericanos damos al mismo. En el interior del país es mucho lo que se ha escrito sobre este tema, nosotros vamos a reproducir las interpretaciones realizadas en sus trabajos sobre filosofía política por el doctor Leopoldo Zea.

En sus ensayos,* así como en diversas publicaciones, se ha ocupado de la Revolución Cubana desde sus inicios, interpretándola y tratando de comprender sus diversas fases, explicando las circunstancias que hicieron variar sus objetivos primarios y por último ha analizado la política mexicana, que una y otra vez ha sido presionada para hacerle cambiar una actitud que es consecuente con su experiencia histórica.

En 1959 la marea libertaria se extiende con fuerza irresistible en todo el Continente, poniendo fin a "otra marea, esclavizante, despótica, estimulada por intereses ajenos y que había logrado imponerse en muchos puntos de América". Tal es el caso de Cuba en donde Batista —escribía Zea en aquel año— es expulsado por "Fidel Castro y la terca voluntad de un pueblo inconforme con las cadenas que le había impuesto, el que fuera popular sargento de otra lucha libertaria cubana".¹

Apenas avanzado el año empiezan a surgir serias dificultades, "los intereses que han mantenido su hegemonía en esta zona, repletos de la sorpresa que significó la caída de Batista, están reaccionando, aprovechando, como se hizo en Guatemala en 1954, algunos de los errores de los revolucionarios". "El afán de mejoramiento social tropieza con los intereses que han venido impi-

* En la bibliografía no aparecen sino artículos de prensa.

diendo su realización. . . Fidel Castro trata de hacer realidad uno de los puntos de su programa, el de la reforma agraria. Castro sabe que sólo la realización mínima de este programa justificaría los sacrificios y sufrimientos del pueblo cubano, los martirios y la sangre que ha corrido. Ahora, también, Castro ha sido puesto a la defensiva del poder alcanzado. A la misma defensiva en que han sido puestos todos los gobiernos que en Latinoamérica han intentado reformar su realidad social". Y más adelante sostiene Zea: "Los gobiernos que han sucedido a las dictaduras se ven en la disyuntiva de aplazar las demandas sociales de sus pueblos o exponerse a su desaparición".²

El triunfo de Castro y de Betancourt es visto por esta época como un conflicto en las Antillas, ya que plantea problemas a las dictaduras, especialmente en Santo Domingo. La opinión pública internacional empieza a señalar los peligros de las nacientes democracias. Las presentan como un mal futuro, mayor al de Trujillo o al de la familia Somoza en Nicaragua. *En realidad la raíz de todas las reacciones está en la puesta en marcha, por parte del gobierno revolucionario de Cuba, de la reforma agraria*; un acto positivo que pone de manifiesto su preocupación social. Se insiste en presentar a Fidel Castro como un líder semejante o peor a cualquier dictador. Para esto se da como ejemplo los fusilamientos de la isla; en este punto sostiene Zea, "los fusilamientos realizados por Castro, pese a que han sido ejecutados sobre verdugos y delatores del régimen de Batista, han sido condenados por el exhibicionismo que los acompañó y, pura y simplemente, por quienes creemos que la vida humana debe ser siempre respetada, aunque esto implique el respeto a la vida de hombres que han olvidado que lo son; pero pasar de esta condena si se quiere romántica, a olvidar crímenes como los que han cometido las dictaduras que han provocado la violenta reacción, hay un abismo. La justicia seca, un tanto teatral de Castro, no puede hacernos olvidar la brutalidad, el genocidio, el asesinato en masa, la traición y la vileza impuesta a un pueblo como sistema. . .",³ como es el caso de la dictadura dominicana y antes la de Batista.

El problema de la tierra en América Latina es tan viejo co-

mo su historia. Para las masas de este continente es básica su solución. El Occidente al expandirse ha creado este problema, aun dentro de su propio mundo, ya que la América Latina es parte de él.

La reforma agraria es bien conocida en México; para la Revolución de 1910 fue una de sus metas, dentro de ella el principal ejecutor ha sido el presidente Lázaro Cárdenas. Por este motivo no es de extrañar que al poner en marcha la reforma cubana, el gobierno de Castro invitara al general Cárdenas para que con su presencia en La Habana le diera apoyo moral. La visita del ex presidente mexicano causó gran alarma en varios sectores internacionales. Sus palabras, propias de México y de Latinoamérica, se vincularon a la guerra fría y se consideraron contrarias a los intereses de Occidente y un peligro que podía acrecentar las demandas campesinas en el resto del Continente. "No hay tal, estas demandas se vienen planteando desde hace muchos años y el acrecentamiento de las mismas sólo ha surgido en función con la resistencia a su solución. El general Cárdenas no ha hecho sino replantear ante el mundo, el mundo occidental al que pertenecemos, la necesidad de resolver este problema hasta ahora insoluble. Ha puesto su gran autoridad histórica y moral en juego para que de una vez por todas se intente la mejor solución. Y lo único que ha pedido es respeto, respeto para los pueblos que tratan de resolver esto de acuerdo con sus posibilidades. Un respeto que forma parte de las grandes conquistas alcanzadas por el mundo occidental. Es este mundo el que ha aportado a la historia humana, la idea de soberanía como expresión del respeto que entre sí deben guardarse todas las naciones".⁴

En agosto de 1959 se reunió en Santiago de Chile la Conferencia de Cancilleres provocada por las acusaciones contra Cuba y Venezuela, de Somoza y Trujillo. Se esperaba repetir en esta ocasión, la situación de 1954 que dio como resultado la caída del gobierno constitucional de Guatemala. La reforma agraria en Cuba y el aumento de impuestos y otras medidas reivindicatorias en Venezuela pusieron a la defensiva los intereses que se veían afectados, y que fueron los que frenaron la revolución de Guatemala, y ahora intentaban nuevamente una sanción.⁵ En cinco años la

situación en el Continente había cambiado mucho. De la reunión de consulta en Santiago, no sólo no se obtuvieron las sanciones buscadas, como se lograron en la anterior de Caracas en 1954, sino que fue una derrota para las dictaduras. La declaración firmada en Chile sostenía: "Los gobiernos americanos deben ser el resultado de elecciones libres. . . La perpetuación en el poder es incompatible con la democracia..." Después de esto, dice Zea: "A los representantes de los gobiernos dictatoriales no les quedó otra salida que insistir en la tesis de No intervención, pese a que ellos habían provocado esa reunión, tratando de obtener la intervención de la OEA en Venezuela y en Cuba, con el pretexto que ponían en peligro la seguridad del Continente, el mismo pretexto que en 1954 permitió el sacrificio de Guatemala".⁶

Durante toda la primera mitad del año 1960 la situación en el Caribe fue muy tensa. Se vivía un tipo de tensión muy conocido en México, ya que el país lo sufrió hace cerca de medio siglo. En este ambiente se llega, en el mes de agosto, a la Conferencia de Costa Rica en la que se tiende lo que Zea llamó "la trampa Trujillo". En esta oportunidad se quiso enfrentar casos tan disímiles como Cuba y Trujillo. El dictador dominicano había colmado la medida, ya era inútil a los intereses que había venido sirviendo durante tantos años. "Era urgente desechar este instrumento; pero antes de desecharlo podía aún ser útil. Útil frente a Cuba, su pueblo y sus líderes. La caída de Trujillo podría implicar, a su vez, la de Cuba. Todo era cuestión de enfoque. Y de este enfoque vinieron insistiendo con anticipación los voceros de los intereses a quienes estorba la Revolución Cubana. 'Tan tirano es Trujillo como Castro'. Lo que vale contra Trujillo debe valer también contra Castro'. De allí la peligrosidad de toda tesis intervencionista. Y esto lo sabían y lo temían los mismos venezolanos que pedían medidas drásticas contra Trujillo. Drásticas sí; pero que al mismo tiempo no se volvieran contra Cuba ahora, frente a la propia Venezuela que también hace su revolución, y contra el resto de Latinoamérica en cualquier intento de reivindicación de su soberanía. Un ejército continental podía servir no sólo para eliminar a Trujillo, sino también para eliminar a cualquier gobierno que no se plegase a determinados intereses. La trampa

estaba allí y era fácil caer en ella si no se podían conciliar las justas demandas de Venezuela frente a Trujillo y la tesis de No intervención de México. Y éstas han podido ser concilladas. Lo que seguirá a Costa Rica será ya otro camino. El caso de Cuba no es el caso de Trujillo, sino el caso de México ayer, de Venezuela hoy. . . Casos con una sola meta, aunque sean diversos sus enfoques y la forma de llegar a ellos".⁷

El resultado de la reunión de Costa Rica no llenó las aspiraciones norteamericanas. Al no lograr las deseadas sanciones contra Cuba, se siguió presionando contra los gobiernos que las habían impedido, entre ellos, el mexicano. Para este fin todas las oportunidades fueron buenas, así cuando en octubre se reunieron en Ciudad Acuña los presidentes Eisenhower y López Mateos, la prensa americana insistió hasta el último momento en que se trataría el asunto de Cuba. La cancillería mexicana a su vez, tuvo que desmentir estas afirmaciones anunciando que no se tocarían asuntos de terceros. La proximidad de las elecciones en los Estados Unidos había transformado a Cuba en tema central de la campaña política y se quiso utilizar la entrevista de los dos presidentes con estos fines. La postura de México en Costa Rica y las repetidas declaraciones del Presidente López Mateos eran lo suficientemente claras y enérgicas para pretender un cambio en este momento. "La reunión de Ciudad Acuña, no podía ser por lo mismo, parte de la campaña presidencial norteamericana, sino ser lo que ha sido, un simple pero importante acto de amistad que, por serlo, no tenía por qué comprometer la soberanía de ninguno de los amigos".⁸

El triunfo demócrata a fines de 1960 despertó grandes esperanzas que pronto se desvanecieron con la acción republicana de patrullar las aguas del Caribe. "Una política contraria a todas esas esperanzas, y que pone más de manifiesto el diferente criterio que animó a los contendientes electorales. . . Paso final, así parece serlo, de una determinada política, pero que acaso tenga como meta obligar al próximo gobierno estadounidense a seguir tal política ante una serie de hechos consumados. . ." En el Caribe los pasos que se dieron cada vez tomaron más "el carácter de defensivos, frente a una acción que los propios errores norteamerica-

nos van fortaleciendo. Los mismos argumentos que permitieron la acción de Estados Unidos... podrán fácilmente justificar la acción de su contendiente soviético". Esta medida fue tomada por Estados Unidos en forma unilateral, fue una acción "fuera de todo asentimiento latinoamericano, ya que sus pueblos han quedado al margen de toda posible consulta".⁹

En el año 1961 la Revolución Cubana tenía ya una situación diferente a cuando se inició, se había ido transformando para lograr sobrevivir. A cada amenaza o golpe que recibía de los Estados Unidos fue encontrando una forma de resistencia sin poder evitar el tomar una posición cada vez más abierta en la guerra fría que sostienen los norteamericanos con la URSS. "Posición peligrosa, es cierto, pero no menos peligrosa que dejarse golpear sin resistencia alguna".¹⁰

La administración demócrata del presidente Kennedy arrastró, durante los primeros meses de su gobierno, la herencia republicana en el caso de Cuba. En junio es enviado Adlai Stevenson como embajador especial de su país a Latinoamérica. El informe que presentó a su regreso sostenía que el principio de No intervención se estaba convirtiendo en una religión y que cada vez se encontraba más resistencia para realizar una acción conjunta contra un pueblo, cualquiera que fuera la causa.

Al finalizar el año 1961 ya Cuba había dejado desde hacía tiempo de ser un problema puramente continental, formando parte decidida y activa de la guerra fría. "Sin embargo, para Latinoamérica en general, y para México en particular, sigue éste siendo un problema no sólo continental, sino inclusive nacional, esto es, de supervivencia nacional. Que el gobierno cubano ha aceptado conscientemente participar en la guerra fría para sobrevivir, es cierto; pero también es cierto que países como el nuestro no pueden enfocar el problema cubano dentro de esa dimensión transcontinental porque automáticamente se vería enrolado dentro de una de las fuerzas que mantienen esa guerra fría que trasciende a los problemas del continente americano".¹¹ Comprometer al resto de Latinoamérica en una intervención a Cuba es extender la guerra fría sin más beneficio que una de las potencias entregada a ella pueda expulsar a su oponente.

El año 1962 se inicia con la Junta de Punta del Este. Las presiones que precedieron a la reunión fueron intensas y de diferente índole. Por un lado estaban las de las grandes potencias, que deseaban ventajas que beneficiasen su postura en la guerra fría; por otro estaban las “presiones de los viejos intereses locales, de cada uno de los países de Latinoamérica, que pretenden mantener sus no menos viejos privilegios o recuperar los que han perdido, o algunos nuevos si se presentan las circunstancias. . . Y en medio de toda esta pasión real o artificial del escamoteo de principios básicos para la existencia de los pueblos. La de cualquier pueblo, independientemente del credo político o social que sustente. Los principios de la democracia, la No intervención y la autodeterminación de los pueblos. . . México o cualquier pueblo que suscriba ahora una declaración contraria a esos principios, carecerá mañana del derecho a reclamarlos si los mismos se volviesen a encontrar amenazados como sucedió ya en pasado aún inmediato. . . Defender el derecho de Cuba a la autodeterminación, no es aceptar que Cuba tenga también el derecho a destruir el derecho de autodeterminación del nuestro o de cualquier otro pueblo”. El reconocimiento de los derechos mutuos es el que hace posible la convivencia humana y el único que podrá permitir la convivencia internacional. “No se trata de principios que se enarbolan en defensa pura y simplemente de Cuba; sino en defensa, también, de cualquiera nación, grande o pequeña, tenga o no fuerza para hacerlos respetar por sí misma. Tampoco se trata de principios que se enarbolan contra una determinada potencia, sino contra cualquier pueblo, grande o pequeño, que trate de violarlos. Valen tanto contra los Estados Unidos y la URSS como contra Cuba, si los unos o la otra tratasen de violarlos”.¹²

México sostuvo estos principios en Punta del Este pero señaló también la incompatibilidad que existía entre la ideología democrático liberal de la OEA y la adopción, por Cuba, del marxismo-leninismo como política nacional. Aceptada esta incompatibilidad era necesario —y así lo sostenía el canciller mexicano— la adopción de una medida jurídica, no prevista por la OEA, para que un país que no esté de acuerdo con la doctrina política allí seguida, se pueda retirar por incompatibilidad. La tesis mexicana

fue calificada de legalista. Al término de la reunión, Cuba se retiró de la OEA pero sin las sanciones que pretendieron aplicarle algunos países y a las que México y otros miembros de la OEA se opusieron, por considerarlas violatorias de los derechos democráticos.

Durante el año 1963 México, reafirmando su postura pacifista, toma la iniciativa en el campo internacional y lanza, junto con otros países latinoamericanos, la iniciativa de que América Latina sea "zona desnuclearizada". Las grandes potencias eluden la aceptación de "esta iniciativa que paralizaría su expansión económica y política que hasta ahora, bajo la presión de la guerra fría ha resultado eficaz". Cuba en este momento juega ya abiertamente por la posición rusa que exige previamente "la desnuclearización de las bases norteamericanas en Latinoamérica".¹³

El 15 de marzo de 1961 había sido creada en Washington la Alianza para el Progreso. "Se ha dicho, y no sin razón, que ésta es un regalo de la Revolución Cubana a Latinoamérica. Ha sido su impacto y la consideración de las razones que la hicieron posible lo que ha originado el instrumento para lo que el presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, ha llamado la revolución pacífica".¹⁴ El proyecto producido y empujado por los sucesos cubanos, recibe en 1963 un duro golpe con la caída del presidente Juan Bosch en la República Dominicana. Este país que pudo ser, frente a la Cuba comunista, la experiencia piloto de la Alianza para el Progreso en el Caribe, ve desbaratarse su régimen constitucional, cuando las reformas del presidente Juan Bosch comienzan a alterar los intereses trujillistas y otros locales y extranjeros, "no en función con ninguna tesis comunista, sino por las exigencias de la propia Alianza para el Progreso".¹⁵

Al llegar julio de 1964 se realiza en Washington la reunión convocada por la OEA, a que hacíamos referencia al principio de este artículo. La posición de México, como dijimos, fue oponerse a la ruptura de relaciones con la Cuba comunista, permaneciendo fiel a sus principios de "autodeterminación y no intervención". México, sin temor a quedarse solo, alza su voz en defensa de los derechos que asisten a otros pueblos. "Así alzó su voz, aunque esta voz pareciera perdida en el desierto, frente a la agre-

sión fascista en Etiopía, y la nazi-fascista en España; la ha alzado en defensa de Finlandia y de Austria, como la ha alzado frente a las agresiones, intervencionistas o pretextos para intervenir en esta América nuestra".¹⁶

Cada uno de los países americanos que ha roto con Cuba lo ha hecho libremente, sin ser obligado por los demás, ni tampoco ha consultado antes de hacerlo, simplemente lo ha considerado conveniente y haciendo uso de su soberanía ha actuado en la forma que estimaba más oportuna. En esta reunión, dice Zea, "no se va a la OEA a discutir, si por mayoría se acuerda romper o no relaciones con Cuba, ya que esta mayoría se ha anticipado; simplemente se buscaría, obligar a la minoría, dentro de la cual se encuentra nuestro país, a hacerlo. . . No se reúne la OEA para preguntarse si la decisión tomada por dieciséis de sus miembros es la conveniente para la unidad del hemisferio, sino simplemente se va a exigir y obligar a los restantes que tomen la misma decisión". En esta forma, la OEA deja de ser un organismo para el logro de la unidad latinoamericana y se convierte en un instrumento de justificación para la intervención de una nación o grupo de naciones sobre otras, amenazando así la soberanía de cualquier pueblo que pretenda seguir y tomar decisiones que considere más de acuerdo con su derecho de autodeterminación. "Autodeterminación que no se encuentra reñida con su pertenencia a instituciones internacionales, si las mismas se basan en el respeto mutuo de sus miembros. De otra manera sucedería lo que anticipaba ese gran venezolano que fue y es Simón Bolívar: 'Formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil' ".¹⁷

La interpretación de Leopoldo Zea, que hemos expuesto, creemos que es representativa de la opinión pública mexicana en el conflicto que la Revolución Cubana y sus posteriores derivaciones, han creado en el continente americano. Tanto el gobierno como el pueblo mexicano sienten un profundo orgullo al poder defender con energía su tesis no intervencionista, acorde con los principios tradicionales de su política internacional. En ningún momento México ha defendido el comunismo de Castro, pero razones históricas muy fuertes le hacen pensar que al res-

petar la soberanía de Cuba para autodeterminarse está defendiendo su propia soberanía, de ahí las profundas muestras de satisfacción que se produjeron en el interior del país como consecuencia de la actitud del gobierno en la IX Reunión de Consulta de Cancilleres Americanos.

NOTAS

¹ "Cuba en la marea libertaria", *Novedades*, México, D. F., 6 de enero de 1959.

² "Latinoamérica en la encrucijada", *Novedades*, México, D. F., 22 de junio de 1959.

³ "¿Por miedo a Castro?", *Novedades*, México, D. F., 7 de julio de 1959.

⁴ "La tierra, problema latinoamericano", *Novedades*, México, D. F., 4 de agosto de 1959.

⁵ "¿Se repetirá 1954?", *Novedades*, México, D. F., 27 de julio de 1959.

⁶ "No hubo 1954", *Novedades*, México, D. F., 25 de agosto de 1959.

⁷ "México y la trampa Trujillo", *Novedades*, México, D. F., 23 de agosto de 1960.

⁸ "Pura amistad", *Novedades*, México, D. F., 25 de octubre de 1960.

⁹ "¿El Caribe una nueva Corea?", *Novedades*, México, D. F., 22 de noviembre de 1960.

¹⁰ "Una revolución en el yunque", *Novedades*, México, D. F., 10 de enero de 1961.

¹¹ "Enrolamiento en la guerra fría", *Novedades*, México, D. F., 28 de octubre de 1961.

¹² "La voz de la experiencia", *Novedades*, México, D. F., 23 de enero de 1962.

¹³ "Un nuevo paso hacia la paz", *Novedades*, México, D. F., 7 de mayo de 1963.

¹⁴ "La revolución pacífica y sus condiciones", *Novedades*, México, D. F., 20 de agosto de 1963.

¹⁵ "Golpe a la ALPRO", *Novedades*, México, D. F., 1º de octubre de 1963.

¹⁶ "¿A quién se juzga en la OEA?", *Novedades*, México, D. F., 21 de julio de 1964.

¹⁷ Art. Cit.